

Impresiones de un viaje

Lecciones de la vida

Como cambian los paisajes, unos verdes y chillones, otros terrosos y apagados, unos indómitos y bravíos, otros abiertos y llanos, se cambian los vestidos y se cambian los usos y se cambia también el palpitar de las almas. Allí donde crece en los olivos y arraiga el viñedo, crecen también otros pensamientos y brotan otros afectos y hay otra visión de la vida, que allí donde están los campos verdes que el agua refresca y el sol acaricia y no castiga. Por eso después de haber emprendido un viaje algo considerable se experimenta la sensación de haber asistido al alumbramiento de un nuevo mundo espiritual y a un ensanchamiento de horizontes. Nuevos terrenos polvorientos y abrasados, abiertos al viento y rendidos al sol, nuevas casas, silenciosas, modestas sin el grito de la cal de nuestros caseríos, nuevos rostros rugosos, tostados, del color de la aceituna, nuevas almas, abiertas unas como los inmensos horizontes, cerradas otras como los profundos abismos.

De día el sol habla allí a las plantas y a las flores y a los hombres otro lenguaje, más rudo, más solemne y a la vez más perezoso, y de noche la luna sin rival y las estrellas de plata musitan en el manso silencio canciones de amores y añoranzas de infinito, mientras el cielo como una protesta a la tierra, abrasada de sol y sensualidad, descubre sin una nube la virginidad de ~~aaa~~ su azul robado al manto de la Purísima.

Sobre aquellas tierras que escriben poemas de sol y de azul hay escritas otras tragedias de infierno, y mientras cantan los pájaros al sol, no cantan como antaño las viejas campanas monumentales con ese lenguaje tan humano, liturgia de bronce, resonancias eternas. Los campanarios semejan nidos vacíos. Torres picadas, derrumbadas, mordidas por el odio y la barbarie, humilladas hasta el polvo. Por los suelos del interior de las iglesias rodó el dorado suntuoso de los altares y se rasgaron preciosos lienzos y se estrellaron cabezas de santos y se abolló la plata de los cálices y las custodias y todavía subsiste el olor a gasolina y el olor a demonio. Aquellos biombos que quieren ser confesonarios, aquellos cajo-

nes y mesas y cortinones son aspiraciones de altar; el negro de sus paredes chamuscadas, los baches producidos por las ruedas de los camiones sacrílegos son recordatorios de una tragedia que se hizo y sigue sin remediarse. Más que el peso de la soledad y la hondura del silencio, abruma ~~es~~ el que en las mismas casas de Dios se te cuele con evidencia aplastante el triunfo externo de sataná y sus secuaces y te hable más el demonio que Dios y sean más expresivas las paredes ennegrecidas con humo de infierno que las velas de los altares y el aroma de los incensarios.

En algunos pueblos, al soplar tan recio las furias del mal, han aventado las cenizas y vigorosos e intrépidos han despertado católicos dormidos y rutinarios. El látigo ha servido para que en algunos cuerpos deshauciados circule la sangre y la vida. Podría contaros algunos casos. El de una señora, por ejemplo, educada con esmero en su niñez pero que enfriada por su marido, descreído, llegó a abandonar sus prácticas piadosas y, lo que es más, a votar a las izquierdas. Lo primero era una imprudencia, una falta personal. Lo segundo, votar a las izquierdas, era un pecado social. votar a las izquierdas era votar el asesinato de su párroco, a quien

ella estimaba, era votar la destrucción de su parroquia a la que había ayu-⁴
dado con sus limosnas, votar a las izquierdas era votar por todo aquel am-
biente de miseria y vilantez y asesinato que tanto le aterrizzaba, y el pe-
cado le salvó, porque a algunas almas les hace falta pecar mucho para con-
vertirse. No tienen sino amor de compasión, y hay que dejarles ^{dar} por delante
numerosas bofetadas para que luego vengan las caricias y los besos.

Hoy se ha dedicado a reparar la parte alicuota de res-
ponsabilidad que le corresponde en tan gigantesco crimen. Y trabaja con ar-
dor y ama con pasión porque se le ha perdonado mucho. Ha ofrendado su espo-
so a quien ha reducido, su hijo que entrega a la religión, su familia ente-
ra. Y aun más allá de su familia se extiende el proselitismo de su acción-
católica.

También se han operado, y esto más frecuentemente, con-
versiones parciales, conversiones de católicos tibios en quienes no faltaba
la fe, pero sí las obras y todo cuanto supone renuncia o sacrificio. Hablán-
doos sin hipérbole puedo decir que conozco almas santas que antes de es-
ta teoría de crímenes eran frías, olvidadizas, ligeras; de mangas anchas y
cortas.

cortas...

A otras almas de biceps de caero la revolución no les ha servido sino de prueba de lo que ellas presentían sobre el pecado y el placer y ha contribuido poderosamente a poner en evidencia, con toda la verdad bruta y aplastante de los hechos revolucionarios, las miserias repulsivas del vicio, la hediondez de las vidas rotas, el empalago de las mieles mundanas y las heces escondidas de los mejores vinos. Y cuanto que empezaron jugando a víctimas terminaron por ser yunques en los que se mella el hierro. Y cuando, a puro cimbrearse por las contrariedades y las luchas, se tornaron flexibles y templados como acero.

Pero ha sido inmensa e inefable la sembradura de miserias y crímenes. Ha chorreado mucha sangre y hay demasiado luto todavía en los cuerpos y en las almas, en los campos y en los hogares. Y todavía hay piedras de Iglesias besando el polvo y campanarios mudos y casas de Dios recostadas en los cruces de los caminos como mendigos miserables, exhibiendo toda la vergüenza de su profanación y pobreza y toda la elegía de su sacrilegio. Y todavía hay almas que tampoco han levantado sus torres ni han lanzado a loco ~~volteo~~ volteo las campanas ni han un altar que fué antes blan-

triste profecía de que así seguirá por los siglos de los siglos.

La revolución ha dado lugar a una siembra de A. C. y nunca como ahora la juventud que vibra, ha vibrado tan alto. En algunos sectores no hay avances sino vuelos, no hay deseos sino fiebres... En las vanguardias de los ejércitos nacionales aprendieron a ser vanguardia voluntaria de Cristo y donde se sembraba la muerte del cuerpo se sembraba granal la vida del alma. La juventud de A. C., gracias a ello, es más conocida que nunca y es un síntoma excelente que la juventud nuestra se estima a sí misma y se atribuya un importante papel en las grandes empresas de todo orden y pida un puesto en la estructuración del nuevo ~~o~~ mundo.

Hace poco recibía yo la siguiente confesión de un joven, que resume todo un ambiente y el respirar de una época: Padre, nosotros no estamos dispuestos a asistir a la vergüenza de una patria sin hombres.

Y otros jóvenes enfrentándose con la actual cobardía de muchos católicos, decía: No comprendo, reniego de la fe de estos hombres que se avergüenzan de su Dios, en los Sacramentos, en la Iglesia y fuera de la Iglesia. La vida es más seria que todo eso y nuestra religión no es un jue-

go ni una carnavalada.

Y no con palabras, sino con hambre y sed de casi veinticuatro horas, con el heroísmo de los hechos protestaba de la frialdad de hombres católicos aquel joven labrador que hace todavía dos meses el primer viernes de mes se nos acercó a pedir la comunión, por lo bajo y con la mayor naturalidad ¡a las diez de la noche! Era espiga de la nueva cosecha. Contaba diez y nueve años y era el legado de piedad de A. C.

Entre tanto escombros y desolación hay torres gallardas en pie y por entre selvas de cardos y espinas asoman con atrevimiento flores como nunca encantadoras.

Por los espacios solemnes de silencio y de muerte, pregón a los cuatro vientos, avanza los nuevos legionarios de Cristo a

ganar almas de joven a Cristo

inyectar en los pechos la fe

y si es preciso, sobra temple y audacia para dar la sangre en redención, porque

ser apóstol o mártir, acaso

mis banderas me enseñan a ser.